

fendían sus banderas, quien le respondió que teniendo en consideración la parte política y la existencia del Imperio, que fácilmente podía desaparecer en Querétaro, creía que se debía ocurrir á los recursos del arte y obrar extratéticamente para salir de la plaza. A ese efecto propuso romper el sitio en la madrugada por el camino de Celaya, dende no podrían los enemigos resistir el empuje inesperado de todo el ejército, dirigiéndose á Estancia de las Vacas donde creía poder triunfar si era perseguido y si no, marchar rápidamente á Celaya haciendo creer que iba á Guanajuato, para tomar al día siguiente el camino de Acámbaro diciendo que iba á Morelia y al otro día dirigirse por Maravatío á Toluca.

Miramón sin saber que el proyecto era de Márquez lo aprobó con aplauso y solo Mejía se opuso diciendo que era impracticable á menos que se saliera sin trenes y se siguiera el camino de la sierra para ir á México; pues de otra suerte el enemigo caería sobre ellos y no les daría tiempo ni de formar.

Con la manía sempiterna de las juntas, el Archiduque reunió la del 20 y allí estalló la más vergonzosa rivalidad. Se atacó el proyecto de salida calificándolo de cobardía, y aunque, «esa era la opinión del Gral. Miramón, dice el más conservador de los conservadores,—he citado á D. Ignacio Alvarez,—la desgracia que no dejó de agitar allí sus

negras alas, hizo que *al fin* viniera él á apoyar una opinión contraria, tal vez con la esperanza de que dándole el mando del ejército, podría tener la fortuna de adquirir el deseado triunfo y cubrirse así de mayor gloria».

Debido á tan censurables manejos se decidió continuar sosteniendo el sitio y se perdió la última oportunidad de lograr una salida que aun cuando sin duda alguna se habría convertido en derrota como lo había previsto Mejía, habría por lo menos permitido el escape del comprometido Archiduque y de sus principales generales.

Entonces se decidió Maximiliano á enviar á México al Gral. Miramón para traer algún socorro; «pero, dice el libro, *como siempre*, Márquez se opone y se ofrece á ir él en persona pues alega que el valor juvenil y temerario de Miramón puede hacer que fracase el proyecto».

Y como siempre se hizo todo, menos lo que deseaba el soberano. «Debía Márquez, dice el autor, reunir en México todos los recursos de dinero y de hombres y volver *en el acto* para Querétaro. Si México queda abandonado, nada importa, lo que precisa á toda costa es salvar la situación en la ciudad donde se halla S. M.» (pág. 344.)

Según los Sres. Peza y Pradillo, el Emperador le dijo al despedirse estas apremiantes palabras: «General no olvide Ud. que el Imperio se encuentra hoy en Querétaro.»—«Descuide V. M.

respondió aquel, *antes de quince días* estaré de vuelta:

Márquez llegó á México el 27 encontrando allí cerca de 6,000 soldados, mas al saber que Puebla estaba sitiada por el Gral. Díaz, marchó el 30 de marzo á auxiliar á aquella plaza con 5,000 hombres y 18 cañones, á fin de obligarlo á levantar el sitio, estimulándolo con esa amenaza á dar el atrevido asalto del 2 de abril que aseguró el triunfo de la República.

Si en vez de faltar á sus instrucciones, sale de México con 6,000 hombres y veinticuatro cañones ese mismo día 30, habría podido estar frente á Querétaro el 5 de abril, tiempo en que hubiera sido imposible al vencedor de Puebla alcanzarlo y á Guadarrama el detenerlo. Era sin duda peligrosa para él la aproximación á Querétaro porque Escobedo podría haber destacado alguna columna para impedirle el paso; pero en tal evento habría quedado muy débil la línea de sitio, permitiendo tal vez la evacuación de la plaza. Claro está que Puebla habría caído en poder del Sr. Gral. Díaz; México se hubiera insurreccionado y á Querétaro lo ocuparían los republicanos; pero con mucha probabilidad Maximiliano, Miramón y Mejía se habrían salvado. Sobre todo Márquez cumplía con su deber.

Solo el Sr. Bulnes que tanto se distingue por distinguirse, ha tratado de sostener que no llevó órdenes para volver á Querétaro. El Sr. D. Rafael L. To-

res en su «Traición de Querétaro» se ha ocupado de refutarlo victoriosamente.

La salida de Márquez al frente de 1,200 caballos se efectuó sin ser sentida el 22 de marzo á media noche, á pesar de lo cual el autor pretende que para favorecer tal marcha, el 22 á la madrugada Miramón atacó los puntos de S. Juanico y el Jacal. Paréceme muy mal informado, porque malamente se habría podido proteger un movimiento, con un ataque emprendido veinte horas antes!

Esa salida pudo entonces efectuarse por no estar completa aún la circunvalación, por lo que se hizo necesario que el 24 al mediodía, los republicanos extendieran su línea desde el Cimatario hasta la garita del Pueblito y asaltase la Casa Blanca, punto avanzado de los sitiados, y aunque consiguieron el primer objeto que era el principal, fueron rechazados en el asalto con grandísimas pérdidas. Allí murieron los coroneles D. Manuel Peña Ramírez y D. Florentino Mercado, abogados patriotas y valientes, que habían llegado la víspera á prestar sus servicios. «El éxito de la división de Miramón fué instantáneo; pero la división de Mejía vaciló un poco diezmada como se encontraba ya por el fuego de los liberales; mas el valiente general se adelantó gritando «así muere un hombre» y se lanzó solo hacia los republicanos. Electrizadas sus tropas con tanto va-

lor se lanzan bravías y fieras al ataque.»

También yerra el autor al asegurar que del combate de San Juanico y el Jacal volvióse el valiente Miramón á Querétaro, llevando veinte carretas de provisiones, sesenta bueyes y más de doscientas cabras y carneros, pues los Sres. Peza y Pradillo que por su posición militar y su veracidad merecen todo crédito, rebaten esa aseveración expresada antes por Salm, y dicen “que no se tomaron en San Juanico si no seis carros con viveres y forrajes y una manada de cabras y no veinticuatro carros, ni los bueyes, vacas y borregos que él dice”.

Pero donde el Sr. Blasio comete una inexactitud que pone en el más completo ridículo al soberano y á sus jefes, es al tratar del triunfo del Cimatarío, porque asegura que «el Emperador al saber la noticia de ese resultado corre á caballo al campo de batalla; pero en el frenético entusiasmo con que los soldados lo reciben, *se olvida el objeto* de la batalla que era salir de la ciudad.» (pág. 352.)

El 27 de abril á la madrugada los imperiales lograron sorprender á los sitiadores y atacándolos valerosamente con dos gruesas columnas los hicieron huir despavoridos, ocupando sus posiciones, flanqueando sus paralelas y apoderándose de su artillería, sus carros y sus municiones: la espada victoriosa de Miramón acababa de romper el sitio y abrir una puerta de

salvación á los defensores del Imperio. Estos, que no habían pensado en evacuar la plaza aunque Blasio diga que “desde á las cuatro de la mañana se encuentran empacados todos los objetos del Emperador y ensillados los caballos que han de conducir á su comitiva”, se ocupan de los víveres, de los equipajes, y de introducir tan gran botín, mientras el Gral. Corona pide á Escobedo las reservas y se presenta personalmente con Doria y Díaz de León al frente de los Rifleros y Cazadores á sostener las caballerías de Aureliano Rivera que era el último que ya muy lejos, se batía aun en retirada: mas las caballerías lo refuerzan, pero los sitiados lo atacan frenéticamente en columnas de las tres armas en la falda de la montaña donde sus ginetes no pueden maniobrar y caen diezmados por la artillería de Ramírez Arellano; los instantes de lucha é indecisión se prolongan, cuando llega Rocha con el batallón, Supremos Poderes y bastante infantería y entonces recobran á viva fuerza los veinte cañones, los carros y las provisiones que habían perdido, obligando á su enemigo á volver á sus trincheras en medio del desorden y de la confusión.

“El sitio estaba roto y sobre los destrozados elementos de la República se destacaban ya sobre sus ruinas, la pericia militar y la bizarría de los Jefes del Imperio, cuando Corona como el hijo feliz de la victoria, se presentó en las ensangrentadas vertien-

tes del Cimatarío alentando con su voz, su ejemplo y su fortuna á Rivera, Rocha, Guadarrama, Doria, Naranjo, Tolentino, Villanueva, Lain, Loera y otros valientes” (Ensayo Hist. del Ejército de Occidente).

Esa sorpresa tan atrevida y tan completa abrió, como queda dicho, la puerta para que hubiesen podido salir Maximiliano con sus generales y sus tropas ligeras; pero nadie llegó á pensar en hacerlo. Faltó como siempre un cerebro pensante y una resolución violenta. Pero decir que el objeto del ataque fué procurarse esa salida y que se les olvidó ejecutarla con los aplausos y la alegría del triunfo, eso es simplemente absurdo.

Fué la última sonrisa que la victoria concedió á una causa que estaba perdida para siempre: el 1º de mayo fué, como escribe el autor, desfavorable para las tropas del Imperio, porque intentaron una salida por la línea del Sur sobre la Hacienda de Callejas y fueron rechazadas con grandes pérdidas; el 3 intentaron un nuevo ataque hacia la misma hacienda y el cerro de San Gregorio, pero se les obligó á replegarse teniendo que apelar á la publicación de la falsa noticia de que había llegado un correo que anunciaba la inmediata llegada de Márquez, y esto “para desvanecer en parte el doloroso y nefasto efecto causado por aquella jornada sangrienta. Se echaron á vuelo las campanas y se tocaron dianas en los

cuarteles; pero se puede asegurar que eran ya muy pocos los que en Querétaro creían en la veracidad de tales noticias”.

Sin embargo el historiador Don I. Alvarez fué uno de esos muy pocos crédulos, pues refiere que “El Sr. García Aguirre habló ese mismo día con el Emperador, manifestándole que muchos dudaban de la veracidad del aviso publicado por el Jefe de Estado Mayor; y el Emperador tendiéndole la mano á su ministro, le dijo: “Como caballero aseguro á Ud. que es cierta la noticia; á la hora que vaya Ud. á la Cruz verá las comunicaciones, y haré que se publiquen para conocimiento de todos”. Así trataba á su ministro y así sabía engañar á todo el mundo!

“Entre las tropas imperiales, dice Blasio, cada día aumentaba la desconfianza y el desaliento; nadie creía ya en los auxilios de Márquez; faltaba dinero, faltaban víveres, los desertores aumentaban de día en día y el mismo Regimiento de la Emperatriz, que era uno de los más leales, contaba todos los días con algún desertor que iba á engrosar las filas enemigas”.

Había tal desmoralización, que los Sres. Peza y Pradillo refieren indignados que «en los anales del sitio de Querétaro se registra un episodio harto vergonzoso y es el que menciona Salm atribuyéndolo á quince oficiales del ejército, de los cuales sólo designa tres:

el General graduado Don Silverio Ramírez, el Comandante Adame, su hermano político, y el Coronel Rubio. Según sabemos, los dos primeros dirigieron al Gral. Mejía una carta, en la que después de pintarle nuestra situación, le pedían hablase al Emperador, interesando toda su influencia á fin de inducirlo á que entrase en tratados con el enemigo, por ser imposible la conservación del Imperio en Mexico. Esta carta fué enviada al Emperador por dicho General con el Coronel Rubio, sin entrar en ninguna explicación y manifestando solamente que no iba por encontrarse enfermo El generoso corazón del Emperador, pudo solamente salvar de la muerte á estos indignos jefes condenados por el Código sin apelación. S. M. se contentó con hacerlos arrestar mandando que se les abriera un juicio.” (pág. 60).

Ese hecho pinta muy bien la demoralización del ejército, no sólo por el contenido de la carta en que se habían olvidado del honor los Jefes de alta graduación, sino por el hecho muy significativo de que el mismo Mejía le diera curso enviándola con un coronel y manifestando que él no la presentaba por estar enfermo!

En tal situación y como un recurso desesperado, se decidió el día 10 romper el sitio; pero aunque el autor no nos dice nada, se tropezó con la dificultad de que Mejía, Méndez y otros jefes, convencidos de la imposibilidad de eje-

cutar esa medida, trataban de capitular. Por eso cuando el Jefe de las caballerías supo la resolución que se había tomado para evacuar la plaza se presentó al Emperador, según refiere Ramírez Arellano, ofreciéndole levantar ocho mil hombres del pueblo en veinticuatro horas si se prescindía de tal idea, y como era sabida la influencia que ejercía en la ciudad, se creyó en su oferta y se aplazó la salida como siempre. Pasadas las veinticuatro horas pidió se ampliase por otras cuarenta y ocho, al fin de las cuales sólo pudo presentar menos de doscientos hombres!

Hubo, pues, que apelar al medio supremo, y en la noche del 13 al 14 se decidió que la salida se efectuara en la madrugada del 15, dándose la víspera las órdenes necesarias. Por su puesto que aquella operación era impracticable, porque como dice muy bien Márquez, si en el mes de marzo, cuando los imperialistas contaban con dos mil ó tres mil hombres más y los sitiadores con 8,000 menos, se declaró impracticable por los mismos jefes superiores; ¿como se habría podido realizar en mayo, cuando el sitio se había estrechado y aumentado los obstáculos y los soldados habían perdido el vigor, la esperanza y aún la disciplina? Era el *sálvese quien pueda*.

Sin duda que la instancia de Mejía fué motivada por tales consideraciones, pero insistiendo de nuevo en la resolución trataron entonces de que no

se llevara adelante Méndez, Castillo y el coronel Redonet. Era imposible que se ejecutara medida alguna cuando reinaba tal división en los espíritus, tal rivalidad entre los jefes y tan completo abatimiento en el ejército.

Se reúne nueva junta de guerra á las nueve de la noche del 14 y allí se decide después de largas conferencias aplazar la salida para el 16, y como Miramón se impacientase, Maximiliano tranquilizándolo le dijo: "No os aflijais, Miguel, que importan veinticuatro horas para el éxito de una operación de guerra"; á lo cual éste respondió con acento profético: "Señor, Dios nos guarde durante esas veinticuatro horas!" (Darán pág. 284).

Para diferir la salida, Maximiliano dió por motivo diversas causas: á Miramón le manifestó que habiendo encontrado López un depósito de maíz, del que tanto carecían, podría darse un pienso á la caballada para que pudiera estar en mejores condiciones para el servicio. (Darán, pág. 204) No era cierto que se hubiera hallado ni un grano.

A Salm Salm le dijo que no había habido tiempo de armar á los numerosos voluntarios que había reunido Mejía. Tampoco era verdad, porque los voluntarios que se presentaron eran sólo 186 y los fusiles que se tenían disponibles eran más de mil.

¿Por qué expone distintos motivos é igualmente falsos?

Sea lo que fuere, en la noche no ocurre novedad y Maximiliano, según cuenta su médico Bash, llamó á Lopez, lo condecoró con sus propias manos con la cruz del Mérito militar, premio incomprensible por no existir ninguna causa aparente y porque estando en vísperas de un combate, lo natural habría sido condecorar después de ocurrido éste para recompensar alguna acción digna de premio, ejecutada durante la lucha.

A la madrugada siguiente, las cuatro en punto del 15 de mayo, Blasio fué despertado por el Teniente Coronel Yablouski, diciéndole que el enemigo ocupaba la Cruz. Corrió al cuarto del príncipe, que dormía tranquilamente y lo hizo despertar; pero dudando aún de la noticia, comenzó á vestirse lentamente, hasta que entró Yablouski á suplicarle se diera prisa. Entre tanto, se daba aviso al General Castillo, al Coronel Guzmán, al Oficial de órdenes Pradillo, á Salm y al Dr. Bash que habitaban las piezas contiguas. Una vez reunidos bajaron las escaleras, llenas ya de soldados liberales, que no los reconocieron en medio de la confusión; sin embargo, al salir á la calle, el centinela les marcó el alto, y un oficial republicano, el Sr. Rincón Gallardo, ordenó se les permitiese el paso por ser paisanos, no obstante que casi todos vestían sus uniformes militares.

El señor Iglesias Calderón, que había hecho un estudio magistral sobre este asunto, y á quien tendré cons-

tantemente que referirme, dice con mucha razón: «Es incomprensible que Maximiliano, después de haber visto la Cruz ocupada por los sitiadores, sin que hubiesen disparado ni un solo tiro, después de haber visto á López rodeado de oficiales republicanos y después de verlo á su lado, libre, es incomprensible, repito, que el Archiduque no reprochara á López su traición, ó cuando menos, no se encerrara en un despreciativo silencio.» (La Traición de Maximiliano, pág. 108) Yo sólo tengo que agregar una observación; que en mi concepto es muy significativa. Al despertarlo con la noticia, «dudando aún que fuera cierto, escribe Blasio, lo que yo le decía, comenzó á vestirse con mucha lentitud. Entonces entró Yablouski á suplicarle se diera prisa;» pero ¡cosa rara! Maximiliano no pregunta cómo ha sido posible que el enemigo se introduzca al recinto de aquella fortaleza; no pide ningún detalle, no se sorprende, no se indigna!

Salm Salm en sus memorias dice: «Cuando llegué á donde estaba el Emperador, le encontré ya vestido y sumamente tranquilo. Entonces dijo: Salm, nos han traicionado; vaya Ud. abajo y vea que los húsares salgan. Iremos al cerro y veremos cómo podemos allanar este negocio. Allá voy yo inmediatamente». (pág. 169). Esta revelación es muy grave, porque el intervalo que medió entre el momento en el cual despertaron á Maximiliano dándole la noticia, y en el

que se le presentó Salm, fué de unos cuantos minutos, los que fueron necesarios para que éste se vistiese de prisa, y sin embargo ya sabía que había habido traición á pesar de que nadie se lo dijera. En verdad que era de sospecharse por no haber escuchado un solo tiro; pero ¿quién que tiene una sospecha tan abrumadora no procura aclararla preguntando quién es el traidor, por dónde han entrado los enemigos, á qué hora, de qué manera? ¿Quién no llama en el acto al jefe del punto para que explique? Por su parte el Dr. Bash que presenció también aquellos memorables instantes, dice: «Corrí á su habitación; ya estaba vestido el Emperador. “No será nada, me dijo con mucha sangre fría; el enemigo ha de haber entrado en la huerta. Vaya Ud. á tomar sus pistolas y sígame á la plaza”. (Mem, del médico de Máx. pág. 242.)

Se advierte siempre que el soberano es quien da las noticias, quien comunica sus temores ó sus ideas, pero para nada solicita información: él sabe ó sospecha lo que ha pasado y así lo dice á todos; pero nadie, absolutamente nadie se lo ha referido, ni á nadie le hace una sola pregunta. Parecería que al avisársele simplemente que los sitiadores ocupaban la Cruz, se le había dado cuenta de una orden suya que había sido puntualmente cumplida y por eso se manifestaba sabedor de todos los pormenores!

El Sr. Pradillo que llegó á la pieza

donde dormía Su Majestad cuenta que se decidió á salir para el cerro de las Campanas, habiéndole dado una de sus pistolas y empuñando él la otra, atravesando con muchas dificultades los corredores por andar allí oficiales sitiadores, hasta salir á la calle y llegar al cuartel de la escolta del Emperador, de donde lo envió por su caballo, continuando aquél su camino para el palacio departamental acompañado del Gral. Castillo y de Salm. Allí se le reunió su ayudante llevándole el caballo y en ese momento llegó el Coronel Miguel López montado y hasta entonces, es decir hasta después de cerca de media hora, le preguntó qué era lo que pasaba. "Señor todo está perdido; vea V. M. la tropa enemiga que viene muy cerca".

La pregunta era enteramente tardía; pero siendo López el jefe de la línea en que estaba el punto ocupado y sabiendo que lo habían traicionado según le manifestó á Salm, claro era que el traidor tenía que ser aquel y por lo mismo es incomprendible que teniendo S. M. una pistola en la mano no le hubiera volado la tapa de los sesos. El Sr. Dr. Rivera al hacer esta observación, agrega que de ese modo de obrar digno y enérgico en un militar valiente que no hubiese tenido participación en la entrega, hay ejemplos en la historia. Debe notarse que ya entonces por todas partes se empezaba á atribuir á López la traición, tanto que en esos mismos mo-

mentos el Comandante Juan Ramírez se adelantó dirigiéndose á las Campanas y dió aviso al Coronel Gayón jefe de aquel punto de que "López había entregado la Cruz". (Carta de Gayón en "El Nacional") Por consiguiente aún cuando el Archiduque no hubiese enviado la noticia, sería inverosímil que él ignorase lo que ya todos los oficiales de su séquito sabían.

Llegaron á las Campanas donde unos cuantos oficiales, cien infantes y cuatro cañones componían la guarnición; poco después se presentó una parte del Regimiento de la Emperatriz, un piquete de caballería del Conde Pacha y el Gral. Mejía con algunos de sus ayudantes.

La sorpresa de la Cruz había hecho entrar en el mayor desconcierto á los defensores de la plaza, que de valientes y atrevidos como se habían mostrado durante el sitio, se habían entregado con *miserable cobardía* como quiere «La Voz de México» ó con *invencible desaliento*, como más benignamente expresa el señor Iglesias; pues en ninguna parte opusieron la más leve resistencia. El General Márquez dice muy bien en su Refutación al libelo de Ramírez Arellano que «resulta, en consecuencia, que el comandante general de artillería de la plaza de Querétaro ha perdido sus cincuenta y cinco piezas, todo su parque, todo su personal, su ganado y cuanto estaba á su cargo, sin disparar un solo tiro para defenderlo.»

La sorpresa había sido completa. La víspera, poco antes de las seis de la tarde, el Coronel López se presentó de uniforme y con un pañuelo blanco enarbolado en la punta de su espada, en las avanzadas de la línea del Coronel Don Julio M. Cervantes, según refiere este mismo ameritado jefe, y conducido á su presencia, pidió hablar con el señor Gral. Escobedo; se mandó avisar á este y después de conferenciar con él como un cuarto de hora, fué conducido López á su línea con los ojos vendados, á pesar de que cuando llegó había tenido oportunidad de ver la entrada, pues no se usó entonces de tal precaución. El Gral. Escobedo se retiró á su vez y á las ocho de la noche se presentó en los baños de Paté al General D. Francisco M. Vélez, y le dijo que López lo acababa de ver de parte de Maximiliano para la ocupación de la Cruz, por lo que lo designaba para el mando de esa operación, poniendo á sus órdenes dos batallones que mandaban el Coronel Yepes y el Teniente Coronel Margain. Al efecto, López iría frente á la Cruz á las cuatro de la mañana para introducirlo. A esa hora, en efecto, aparecieron en la obscuridad López y Yablouski, su segundo; entonces Vélez, llevando en una mano su pistola amartillada, torció del brazo á aquél, y casi de puntillas y seguidos de la tropa, emprendió el camino, y á punto de llegar á la brecha, había un montón de tierra derrumbada, que tuvieron que atravesar casi á gatas, hasta

llegar con el centinela que, de pié y con el arma al brazo, dormía reclinado contra el muro: junto á él había varios soldados acostados y dormidos. Vélez personalmente asió del cuello al centinela, hizo llegar á sus soldados y mandó luego aviso á Escobedo, en los momentos mismos en que López hablaba algo en secreto con Yablouski y éste desapareció como por escotillón, obligando en seguida á aquél á que relevara todos los puntos con tropas republicanas. Después, Vélez y López subieron, y recorriendo los corredores, vieron una habitación de donde salía alguna luz por la puerta entreabierta, por la cual éste hizo asomar á aquél, preguntándole: ¿qué ve Ud? Veo á Maximiliano, contestó Vélez; y en efecto, allí estaba peinándose la barba, dando él y las personas que lo acompañaban, la espalda á la puerta. Entonces el jefe republicano preguntó si ya sabía el Emperador lo que pasaba, y se le contestó que desde hacía rato estaba enterado y hasta sabía que allí estaban ellos. ¿Cómo?—Se lo mandé decir con Yablouski desde que entramos en la brecha,» fué la respuesta de López. (Entrevista del Sr. A. Pola, pág. LXVIII)

Una vez en las Campanas el Soberano, preguntó al Lic. Alvarez cómo evitara que cayeran en manos de sus enemigos sus condecoraciones, cartera, reloj y algunos otros objetos que traía y deseaba no se perdieran, á lo que le contestó éste que podría salvar todo

aquello D. José Blasío su escribiente: entonces le dió su cartera con sus papeles más reservados, ordenándole que los quemara, lo cual ejecutó inmediatamente.

Con razón ante este hecho el Sr. Dr. Rivera exclama con profunda filosofía: «A Francisco I en Pavía, á Napoleón en Waterloo, á Gravina en Trafalgar, á Hidalgo en Calderón, á Morelos al romper el sitio de Cuautla, á Pedro Moreno al romper el sitio del Sombrero, y á todos los hombres verdaderamente ilustres, en momentos de supremo peligro les han ocupado grandes pensamientos: el honor, la patria, la inmortalidad; mas ninguno ha pensado en cosa tan insignificante como salvar el reloj. «Quisiera que me indicase &.» Un campesino rico, en momentos de apuro, se mete el reloj dentro de la pretina ó lo oculta bajo una piedra; pero Maximiliano hasta para cosas pequeñas, como era el modo de salvar el reloj, no pensaba por sí, sino que necesitaba de consejo.» (Anales, pág. 243)

«Entre tanto, escribe el señor Blasío, S. M. dice á los Generales Mejía y Castillo: Montemos á caballo y tratemos de abrírnos paso entre esa cadena de hombres que sigue estrechándose en derredor nuestro. Si no conseguimos salir, á lo menos allí encontraremos la muerte. Los generales se oponen. No hay más remedio que rendirse, contestan.» [pag. 374]

Ese episodio está lamentablemente desfigurado y el autor vuelve á atri-

buir sin fundamento al Archiduque el propósito de batirse, pretendiendo rebajar el valor de los generales imperialistas, á quienes imputa el deliberado propósito de oponerse á tan desatinada salida. Maximiliano nunca dió orden de abrirse paso, aunque muriesen en tal empeño; sino que por el contrario, fué Mejía quien ofreció cumplir cualquier mandato, aun cuando el ejecutarlo le costase la vida. Maximiliano no tuvo el valor y la energía que sin prueba se le atribuye, y Mejía sí dió muestras de subordinación y de arrojo, de que no debe despojarsele.

El Dr. Bash, tan adicto al soberano, como enemigo de los mexicanos, asegura que en esos momentos «volvióse el Emperador á Mejía y le preguntó si no sería posible intentar la salida á la cabeza de unos cuantos hombres decididos; pero el general le respondió que de ninguna manera era factible la empresa... Preguntó otras cinco veces al Gral. Mejía si no era posible intentar la salida; pero la respuesta de éste fué siempre negativa.» (pág. 247)

El señor Pradillo afirma que «separándose á un lado [el Emperador] con los generales Castillo y Mejía, quien acababa de llegar con una pequeña escolta de caballería, les preguntó si les parecía posible romper la línea enemiga. El general Mejía tomó un ante-ojo, y examinando escrupulosamente la situación del enemigo, le dijo: Señor, salir es imposible; pero si V. M. lo ordena, lo procuraremos; por mi parte es-

toy dispuesto á morir." [Max. y los últimos suc. del Imp. pág. 97]

Cosa enteramente igual sostienen Alberto Hans en la pág. 193; Paul Gaultot, en la 295 y Salm Salm en la 175.

Tampoco es cierto que el Gral. Corona hubiese aprehendido á Maximiliano en el cerro de las Campanas, diciéndole en seguida que montase á caballo para conducirlo con el Gral. en Jefe. Fué el Gral. Bibiano Dávalos que mandaba en esa línea quien primeramente se presentó á conducir á los distinguidos prisioneros con el Gral. Corona, á quien encontraron cerca de la garita de Celaya y allí le dijo estas frases llenas de nobleza: "Los jefes que me acompañan no tienen más responsabilidad, que la que les impone haber seguido mi suerte: deseo que no reciban daño alguno. Si se necesita una víctima yo quiero ser ella y que mi sangre sea la última que se derrame en este país" (México á través de los siglos V p. 847). Corona lo llevó á presentar con el Gral. Escobedo que venía por la Garita de San Pablo y á quien le entregó su espada.

Cuenta el autor que en el trayecto á la Cruz á donde se le llevó preso, y rodeado de los Grales. Corona, Riva Palacio y otros, un soldado ó guerrillero republicano arrebató el hermoso caballo del Archiduque, Orispelo, al caballerizo que lo guiaba del ronzal; pero luego á poca distancia se le acerca otro de tan mala catadura como él,

le asesta un tiro y lo mata, quitándole el codiciado botín de guerra. "Eso pasaba á dos metros y en presencia de todos los generales"; pero no se le puede pasar semejante mentira, pues Corona que era un jefe de orden á quien respetaban por su valor y energía cuantos le rodeaban, desde Generales aguerridos como Donato Guerra, y Angel Martinez, hasta guerrilleros indisciplinados como Simón Gutiérrez, jamás habría permitido que en su presencia se cometiesen actos tan deshonorosos. De haber sido cierto, con seguridad que todos los escritores imperialistas se hubieran ocupado en referirlo y no habría de ser el Sr. Blasio el primero que lo hiciera público á los treinta y ocho años.

Al ocupar la plaza se hicieron prisioneros 2 generales de división; 10 de brigada; 18 coroneles; 22 tenientes coroneles; 38 comandantes; 130 capitanes; 133 tenientes; 124 subtenientes y 8,000 soldados, con 55 piezas de artillería.

Todos ellos, después de las conjeturas á que dió lugar la ocupación de la Cruz, al ver que López era el único jefe imperialista que quedaba libre, y que iba y venía á pié ó á caballo entre los republicanos, lo acusaron unánimemente de traidor y de ingrato á los muchos beneficios que había recibido de su soberano. Por su parte los sitiadores que habian ocupado aquella fortaleza, sabian per-

fectamente quién los había conducido á su recinto, de suerte que bien pronto el país entero acusó de aquella infamia al antiguo Coronel del Regimiento de la Emperatriz y compadre del Archiduque.

Por eso en 31 de julio de 1867 dió á luz un opúsculo con el título de «La toma de Querétaro», en el cual expresó que por orden de su superior había salido de la plaza en la noche del 14 de mayo á solicitar se le concediera el permiso de salir con un regimiento y unas cuantas personas de su séquito, con dirección á un puerto del Golfo para embarcarse, volviendo con la categórica respuesta del jefe sitiador, de no tener facultades de su gobierno para conceder ningunas garantías, sino obligarlo á que se rindiera á discreción ó batirlo. Protestaba de su inocencia y ofrecía ceder una casa en México, cuyas escrituras depositó en poder del Sr. D. Vicente García Torres, á quien le probase que se había vendido.

Sin embargo de tales aseveraciones, nadie le dió crédito, porque era pueril el modo con que explicó el desarme de las guardias de la Cruz, y su libertad personal en los días en que todos eran hechos prisioneros y vigilados con suma severidad.

El 19 de agosto siguiente publicaron varios prisioneros de Morelia una Refutación á tal folleto, á la que replicó López con fecha 13 de noviembre, queriendo sostener su inocencia con alusio-

nes veladas todavía á órdenes superiores y ofreciendo presentar en su oportunidad pruebas irrecusables que lo ponían á cubierto de toda sospecha.

Hasta el año de 1887 en que se publicó por Mr. Victor Darán una obra con el nombre de «Le General Miramón», en la cual se insistió severamente sobre la traición de Lopez, volvióse á suscitar una acalorada polémica por la prensa, y entonces el acusado escribió á Escobedo rogándole que dijese si él había entregado la plaza por traición ó si se le había dado en aquella época ó después alguna cantidad de dinero ó le había pedido algun ascenso, reconocimiento de empleo ó siquiera garantía de la vida.

Con tal motivo refirió el Gral. Escobedo al Sr. D. Angel Pola la conferencia del 14 de mayo con López; asegurándole que este no pidió ascensos, ni garantías, ni dinero, sino que todo lo que solicitó era para el Emperador y solo para él, y que se convenció de que había sido simplemente agente de Maximiliano, cuando el 17 de mayo que estuvo á visitar á este, le suplicó que le permitiera al Coronel Lopez que lo viese, y cuando Escobedo le mostraba cierta sorpresa por las versiones que corrían respecto á su conducta, el Emperador le contestó «*A mí el Coronel López no me ha faltado.*» (Diario del Hogar.)

Pocos días después, el 8 de julio de 1887, el Gral. en Jefe de las tropas sitiadoras de Querétaro rindió un extenso é interesante informe sobre el modo